JUVENTUD

AÑO II :: NÚM. 7
FIESTAS DE LA PRIMAVERA
1919

Imprenta Universitaria
ESTADO 63 :: SANTIAGO

EDITADA POR LA
Federación de Estudiantes
DE CHILE

SUMARIO:

Teatro, por Carlos Cariola y Rafael Coronel.

Prosas de Gabriel D'Annunzio, Pedro Emilio Coll, José Enrique Rodó, Pío Baroja, Romain Rolland, J. Domingo Gómez Rojas, Julián Sorel, Rafael Escobar Lara, Aníbal Jara Letelier, Raúl Simón, Enrique Molina, P. Popenberg, Knut Hamsun, Demetrio Salas, David Soto, Amanda Labarca Hubertson, Hernán Díaz Arrieta, F. García Oldini, Waldo Vila Silva, Luis David Cruz Ocampo, Eliodoro Astorquiza, Ernesto Morales, R. Meza Fuentes, Jorge Neut Latour.

Versos de J. Cifuentes Sepúlveda, Max Jara, J. Lagos Lisboa, Enrique Ponce, Luciano Morgad, Armando Ulloa, Carlos Pezoa Véliz, Luis Quinteros, Lelián Garçon, Oscar Arellano y F. Caravagno Herrera.

Notas de la Redacción.

En el próximo número:

Prosa, de Adela R. de Rivadeneira, Enrique Molina, Daniel Martner, Eliodoro Astorquiza, Luis D. Cruz Ocampo (Licenciado Vidriera), Santiago Labarca, Rodolfo Lenz, Antonio Pinto Durán.

Versos, de Jorge González Bastías, Armando Blin, Juan Egaña, Armando Carrillo Ruedas y Juan Guijon.

La Cuestión Social

Desde la calle

Dedicado a don Augusto Orrego Luco.

Cuando se contempla el problema obrero y la actual constitución de la sociedad desde una ventana y quizás a traves de ricos visillos que sólo dejan pasar una luz tenue y debidamente tamizada a fin que no hiera demasiado la pupila, el que tal hace—sobre todo si es hombre de imaginación y de escogida sensibilidad—recogerá en su retina, un espectáculo mitad provocado por los vagos contornos que percibiere del exterior y mitad edificado por las sugestiones de su rica y viva fantasía.

En cambio, cuando este mismo cuadro es contemplado desde la calle y analizado a la luz viva y coloreante del sol, resaltarán con mayor nitidez los ángulos y definidos contornos de él, hiriendo con mayor brutalidad sus defectos y desproporciones. Pero he de confesar—y esto a fin de obtener una comparación justa y equitativa en todos sus términos, que este segundo observador exagererará quizá un poco la verdadera proporción de las partes ya que la viva iluminación hará mayor la ley de los contrastes.

El elemento subjetivo es, pues, de verdadera importan-

cia en esta cuestión y en todas, diremos para mayor exactitud, quedándonos sólo un método para apreciar con verdadera justicia el estado real de las cosas sería a mi ver un método científico, biológico en este caso si se quiere. Desgraciadamente la ciencia es incapaz aun en la actualidad de proporcionarnos conocimientos para juzgar completamente todos los elementos y despejar todas las incógnitas de este complicado problema. Sin embargo ella en la actualidad nos permite hacer ciertas observaciones cuya oportunidad me parece de primera magnitud al entrar a estudiar la cuestión social—observaciones sin las cuales todo el edificio se vería laborado sobre una base—discutida o negada hoy día por la mayoría de los hombres de ciencia; me refiero a la libertad y a la responsabilidad.—Estas ideas generales y directrices en las cuales hoy día se tiene poca o ninguna fe, curioso es decirlo, informan la mayoría de nuestros juicios y quizá sea así, por ser ellos de origen meramente subjetivo y formar parte de nuestros hábitos ancestrales e inveterados de pensar.

Consciente de esto y temeroso, por lo tanto, de incurrir en el sofisma de fundar una argumentación sobre principios en ningún caso debidamente comprobados y de origen puramente metafísico, me ha parecido más seguro elegir como base de mi argumentación otros principios, ellos debidamente comprobados y aceptados, dado el carácter de experimentales que tienen.

Y es así cómo podré afirmar que todo trabajo o toda actividad humana se traduce necesariamente en un desgaste de energía, desgaste que requiere para ser recuperado de la alimentación y la respiración y además en general de una buena máquina humana.

La naturaleza, por su parte, no hace distinciones sobre la nobleza del trabajo efectuado y para ella es lo mismo una suma de energía, pongamos de X, gastada en escribir una página de literatura, en hacer un cálculo de altas matemáticas, en resolver un problema delicado de administración, o en barrer una calle. Podrá ser esto todo lo humillante que se quiere, pero así es.

Esta suma de X, gastada por el cerebro o por el músculo de aquellos dos hombres, deberá ser recuperada por una suma de X alimentos y de buena atmósfera respirable.

Y así como aquél que no pueda recuperar por una razón u otra aquella suma gastada, habrá puesto su organismo en condiciones de debilitamiento, de inferioridad, y, a la larga de incapacidad para seguir produciendo dicho trabajo, aquel que haya ingerido una cantidad superior de alimentos a los que su organismo soporta y gasta, se destruirá los órganos interiores y se hará incapaz también para recuperar el gasto que la vida significa. Pero mientras aquel degenera por falta de alimentos adecuados, éste perecerá por exceso de ellos.

He aquí, en términos generales y crudamente expuesto, el problema, base en toda organización social que tal se pretenda.

Ahora bien, pregunto yo, ¿posee el pueblo, y sobre todo el pueblo de las ciudades, este alimento preciso que necesita, rico en tales y cuales materias, y ese aire puro y no viciado, que sus pulmones requieren?

Me parece que sería absurdo afirmarlo, y mientras este hecho subsista, habrá una cuestión social apremiante, y cuya solución será previa a todo progreso, ya sea moral, intelectual o corporal.

Y si es cierto que el hombre necesita recuperar con el alimento la energía gastada, también es cierto que no puede rendir más allá de un determinado número de horas de trabajo, sin grave daño para su organismo y el organismo de la prole, porque esto es la base en estas cuestiones, que todo desacato contra la naturaleza es penado, según decían ya los antiguos, a través de todas sus generaciones venideras, y es así como vemos hoy día degenerar la raza, por debilitamiento y agotamiento físico, contraído por sus antepasados de quizás cuántas generaciones atrás (los que no comieron bastante y los que comieron demasiado), agotamiento que presupone causas físicas determinadas y contra las cuales nada valen los actos de voluntad o las prédicas o recomendaciones

de orden puramente moral, situación que sólo conseguiría abolir, la supresión de las causas que la motivaron.

Y es por eso que el obrero que persigue un mayor salario y un menor número de horas de trabajo, y que lo persigue a través de todas las dificultades, con el instinto ciego y poco elegante que tiene como centro a sus entrañas, persigue también la única salvación posible para una humanidad pésimamente mal alimentada y agotada por una competencia de trabajo horrorosa.

Que el industrial B o el industrial C, el capitalista A o H tienen un interés distinto y contradictorio a éste, esto sólo está probando que la actual organización corresponde a todo, menos a una situacion de orden dentro de las leyes de la naturaleza.

Así vemos que el interés del fabricante de alcohol es fabricar el mayor número de litros de alcohol, con el menor costo posible, y en seguida colocarlo en plaza. Pues bien, este interés del fabricante de alcohol está en abierta contradicción con el interés del pueblo en general.

Sin embargo, hay quien, en nombre de una libertad que en este caso si que es puro libertinaje, vería con mal ojo no ya que se arrancaran de cuajo aquellas viñas que la Opinión Pública con dos Grandes mayúsculas—tiene la conciencia absoluta de ser también una de las causas fundamentales de la miseria—sino también que se limitase siquiera su extensión.

Ya que hablamos de alcohol, digamos sobre esta plaga social una palabra más. Hay por ahí miles de individuos que pretenden que si el roto no come más es porque todo lo gasta en alcohol. Esta especie, además de ser inexacta es tendenciosa. Un roto no bebe al año más de 100 litros de alcohol término medio, y no gasta en ello más de 100 pesos—suma que representa solamente lo que debería ser la comida de 15 días a lo sumo de un un hombre con familia. El daño horrible para el roto está en la calidad del alcohol que se le hace beber y en el hecho que se lo bebe en pocas veces y en grandes

cantidades, provocando esto mayor daño, por cierto, en vista de las dificultades de eliminación que se presentan, que 4 ó 5 veces más de alcohol bebido metódicamente, pero diariamente.

Y también es mal intencionada la especie que su miseria es efecto de ser alcohólico cuando más justo sería decir que su alcoholismo es la consecuencia de su miseria—ya que está demás probar que el hombre busca instintivamente el olvido de sus penas y miserias en estos narcotizantes—y los que lo hacen por otros motivos no lo hacen sino obedeciendo al mandato ciego de su sangre impregnada de esta sustancia. Así, desde los tiempos más remotos y bajo todas las civilizaciones ya sea en los tiempos del Imperio Romano, ya en las profundidades de las selvas o ya en la Araucanía, los opresores de otros hombres les han proporcionado esta manera cruelmente humana de olvidar sus penas y al mismo tiempo de extinguir su raza.

Y perdóneseme estas duras palabras que no sería dado formular si la historia de los pueblos y las civilizaciones no estuvieran gritando en cada una de sus páginas.

Y a este respecto, sólo nos queda que constatar el hecho de que este mal social vinculado estrechamente a un hábito o a una predisposición racial, no se extinguirá jamás por medio de razonamientos o de bonitos consejos morales. Sólo podrá extinguirse por medios radicales—como pasa con el opio en China—y esto lo reconocemos así, aunque ello importa una triste confesión—y ¿pregunto yo ahora, por qué las energías de los hombres de bien no se orientan más bien a obtener este fin que a predicar al pueblo que no trabaja para lo que come, que se deje de pedir más salario, es decir más comida en beneficio de aquellos que ganan demasiado y comen demasiado para un trabajo que la naturaleza—ella—la suprema ley en esta materia no juzga superior?

E inútil será que haya quienes se empeñen en demostrar que son los salarios mayores o bien las menos horas de trabajo la causa absoluta del encarecimiento de los artículos de consumo. Que yo sepa, ninguna huelga

ha agitado a los inquilinos de la República ni tampoco han tocado mayor salario, ni trabajado menos horas; sin embargo, vemos que los alimentos que son la base misma de la nutrición del pueblo son pagados dos y tres veces más caros. Lo que hay de cierto y de irrefutable es que provocan el hambre en el pueblo y todas las consecuencias más arriba apuntadas porque tienen la *libertad* de exportar sus artículos o hacerlos subir de precio guardando en sus graneros sus productos hasta que la oferta y la demanda, o sea la necesidad haga pagarlos más caro. Lo que hay de cierto también es que han de ganar más y más plata para satisfacer sus «obligaciones sociales» o sea las obligaciones inútiles del lujo.

A la petición justa del obrero de un mayor salario y un menor número de horas de trabajo debería corresponder una menor ganancia en aquellos que ganan demasiado, porque lo repito, una vez más, el trabajo, cualquiera que sea, tiene como solo precio natural y justo la suma de dinero necesaria para procurarse, además del alimento reparador, la entretención y distracción necesaria al equilibrio del espíritu, además de una habitación sana y un aire respirable.

Si esto sucediera—si los que tienen demasiado—y han de gastar demasiado, porque se han creado demasiadas necesidades ficticias, se contentaran con limitar el número de sus caprichos y con ello aumentar el salario necesario del obrero, sin por esto aumentar el costo de los productos, podríamos hablar de armonía social, pero ¿cómo predicar la armonía a un pueblo sustentando para ello la continuación de un estado de cosas que, él sí que importa, una grave y fatal desarmonía?

Tenemos que entrar, a un régimen socialista, cuya implantación en el mundo, si bien es muy temida por algunas personas, parece acercarse ineludiblemente como una necesidad física.

Se tronará contra este régimen, en nombre de una libertad, cuyo significado acepto si ella importa sólo decir que es el ejercicio del derecho sin más límites que el derecho ajeno. Pero ello se hará sin razón ya que ese régi-

men sólo vendrá a perfeccionar la libertad, determinando de una manera más equitativa, que hasta hoy, cual es el derecho de cada uno y si el envenenar a un pueblo con alcohol es un derecho, si corromperlo en el Club Hipico es un derecho; si condenarlo a un salario insuficiente y a una alimentación desproporcionada a su desgaste es también un derecho.

Y este nuevo régimen no vendrá a perjudicar tampoco la verdadera independencia individual que consiste en la libre y original manifestación del pensamiento, como tuvimos el profundo sentimiento de contemplarlo en las pasadas incidencias estudiantiles, en que la opinión pública quiso constituirse, por boca de unos cuantos, en tribunal inquisitorial, resultando ello sí, que es cierto, un estado pasado y odioso de cosas.

El lema de este nuevo espíritu social sería: mayor libertad real y efectiva de pensamiento y mayor igualdad material.

Al calor de este nuevo espíritu social y humano, se destruiría seguramente este prejuicio casi bárbaro de considerar como elemento susceptible de agitar las pasiones populares el señalar como extranjeros a los directores de tal o cual movimiento, pecando con ello de inexactitud y ofendiendo la memoria de aquellos extranjeros o hijos de extranjeros que han escrito con su sangre o con sus sacrificios la mitad al menos de las más bellas páginas de la historia del país, a contar desde su cuna.

La gran conflagración europea en cuyos cuatro años de duración se inmolaron millones de víctimas cuyos restos aun palpitan, permítaseme decirlo, en la memoria de aquellos que vieron el sangriento sacrificio, no consiguió elaborar tal o cual acercamiento decantado. Otros fueron los sentimientos que imprimió en el seno de sus actores, siendo uno de ellos aquel que expone Le Dantic, profesor en la Universidad de París, cuando dice: «La guerra actual ha abierto los ojos de los menos inteligentes sobre el verdadero valor de Principios, en nom-

bre de los cuales los hombres se asesinan desde hace siglos».

El desconocimiento supremo e irritante de los gobiernos europeos en general, al ignorar este hecho y al organizar nuevamente la vida de las naciones europeas sobre estos mismos fatales Principios, y al mismo tiempo, la conciencia que todos estos pueblos han adquirido en la dura y penosa escuela del sacrificio, de su valor, de sus derechos, y del deber que tienen para con su prole de prepararles una vida mejor, han motivado este inmenso movimiento humano, cuya unanimidad,—nos espanta—no ha sido comprendida.

No sabemos qué días, ni cuánta amargura depara al mundo la porfiada ceguera y sordera de los que habiendo podido ver no han visto, ni de los que habiendo tenido oídos no han oído. De aquellos que aun hoy día, gozando de las riquezas hablan de sus derechos, y dirigiéndose a aquellos que no tienen nada, les explican sus deberes.

Días tristes y duros serán; pero nosotros, la juventud, tenemos fe en la humanidad.

Es nuestro deber.

JORGE NEUT LATOUR.